

como el cine, la radio, la televisión e incluso los fonógrafos incidieron en las prácticas amorosas populares? ¿Es posible reconstruir una historia del amor en el mundo rural, a pesar de la prominencia de la oralidad? ¿Qué otros tipos de amores y relaciones afectivas existieron en la vida cotidiana latinoamericana, además de los tratados en este libro? Para que éstas y otras preguntas no queden en el silencio, esperemos que el amor y la historia continúen confluendo en una relación de imaginación y esfuerzo capaz de provocar miradas diversas y conquistar páginas futuras.

Jaddiel Díaz Frene
El Colegio de México

CARLOS ILLADES y MARIO BARBOSA (coords.), *Los trabajadores de la ciudad de México 1860-1950. Textos en homenaje a Clara E. Lida*, México, El Colegio de México, Universidad Autónoma Metropolitana-Cuajimalpa, 2013, 259 pp. ISBN 978-607-462-456-4

Hoy en día decir que la ciudad de México fue y aún es una ciudad de trabajadores, tal como lo hace Carlos Illades en el prólogo de este libro, puede sonar temerario. Más aún, cuando la ciudad en los últimos años ha querido ser escenario de toda clase de manifestaciones políticas y sociales que van desde las tomas del Zócalo por campesinos del Barzón hasta evidencias del aumento de conciencia *new age* en las marchas pequeño burguesas plagadas de vestimentas y moñitos blancos. No se digan las concentraciones de protesta contra la violencia desatada por el calderonato o los desfiles del orgullo gay y la dignidad de las sexo servidoras. Sin embargo, pocas aseveraciones en torno de esta megalópolis son tan certeras como el decir que es una ciudad de trabajadores. El trabajo ha sido el signo inequívoco de las mayorías que han habitado y

todavía habitan esta ciudad. No sólo porque sin trabajo difícilmente se sobrevive en un lugar como éste, sino también porque es muy cierto que sigue costando mucho trabajo seguir viviendo aquí.

Y por eso llama tanto la atención lo devaluado que está el propio trabajo como recurso para acceder a la movilidad social, e igualmente lo depreciado que está frente a los valores imperantes de las clases políticas y los líderes económicos de la actualidad. Por lo mismo, quizás también dejó de ser uno de los temas favoritos en la investigación histórico social e igual esa misma es la causa de haber pasado de moda en las discusiones del mundo antropológico. Todavía hace unos 20 o 30 años la antropología y la sociología del trabajo eran temas predilectos de los científicos sociales de nuestro continente. Hacer historia de la clase trabajadora, de los mecanismos de explotación o de la tecnología del trabajo en tal o cual localidad, y en prácticamente todas las épocas, parecía tener una razón de ser incuestionable en el repertorio de la generación de conocimiento social. Títulos como *En torno a los orígenes de la revolución industrial*, *La división capitalista del trabajo* o *Economía y política en la acción sindical* lejos de ahuyentar a los lectores se convertían rápidamente en clásicos. La “cuestión obrera” formaba parte imprescindible del quehacer de los científicos sociales.

Pero tal parece que hoy otros aspectos del quehacer humano han desplazado al tema del trabajo y son las relaciones políticas regionales o internacionales, las cotidianidades, las migraciones, la cultura, las identidades o los ecosistemas, lo macro y lo micro, la globalización, entre otras muchas temáticas, las que imperan en el medio del conocimiento histórico antropológico contemporáneo.

Sin embargo el trabajo sigue estando ahí, y aun cuando hoy en día su elemento sea la precariedad, como también lo reconoce Carlos Illades, y los sindicatos y sus estructuras organizativas —así como su capital simbólico— anden de capa caída, justo es reconocer que su valor como sostén de la sociedad contemporánea sigue siendo incuestionable. Por eso el libro *Los trabajadores de la ciudad*

de México 1860-1950. Textos en homenaje a Clara E. Lida tiene una singular y múltiple importancia. No sólo porque es un justísimo homenaje a quien desde hace tantos años se ha preocupado por destacar la relevancia del trabajo y los trabajadores en la historia social de nuestro país y del mundo, como lo ha sido nuestra querida maestra Clara E. Lida, sino en especial porque recupera la temática puntual del trabajo en la construcción del centro neurálgico de este país: la ciudad de México.

Aun reconociendo que los ocho capítulos que componen este libro sólo abarcan algunos aspectos del trabajo en la ciudad durante casi un siglo, justo es decir que apuntan a un espectro prácticamente interminable de temas que están por estudiarse y que demuestran la enorme riqueza todavía poco explotada del mundo laboral citadino mexicano. Cada uno de estos ocho capítulos aporta información de primera mano e interpreta cabalmente su lugar en este conglomerado, al parecer inasible en su totalidad, que es la megalópolis en proceso de crecimiento.

A lo largo del libro se tocan temas que atañen al espacio urbano y su temprana conquista mediante la organización y la preocupación higienista; a la concientización que trae consigo el medio artesanal a la hora de querer participar en la regulación económica estatal; a la pobreza, la explotación y la representación del trabajo infantil (en particular de los voceadores), tanto en la prensa periódica como en el cine; a las transformaciones en la organización de los empleados públicos, con especial atención a las mujeres policías; al uso de la lotería como “caja chica” de los revolucionados posrevolucionarios y su desprecio por quienes hicieron posible la recaudación, es decir, los billeteros; y finalmente también al impacto que la crisis económica de fines de los años veinte y principios de los treinta impuso a los trabajadores migrantes españoles.

Los trabajos de Ernesto Aréchiga, Vanesa Teitelbaum, Florencia Gutiérrez y Fausta Gantús, de Mario Barbosa, Rodrigo Meneses, María Dolores Lorenzo, Alicia Gil y Susana Sosenski son piezas

que contribuyen fehacientemente al conocimiento del gigantesco mosaico que es la ciudad de México en su tránsito hacia la industrialización. Recorriendo lugares, oficios, formas de vida, organizaciones, instituciones y representaciones, múltiples hilos participan en el tejido de la complicada trama urbana. Desde los barrios “de trueno” como Tepito, La Merced o La Bolsa, hasta las colonias Hidalgo, Hipódromo Condesa y la del Valle, la geografía de la ciudad contradice muchas de las intenciones que tanto autoridades como pobladores quieren imponerle, tal como lo demuestra Ernesto Aréchiga. Y Vanesa Teitelbaum describe puntualmente cómo desde mediados del siglo antepasado los trabajadores quisieron participar en la protección de su espacio y sus intereses, que tan poco significaban para la propia capital. Estos mismos intereses que muy poco atendieron quienes tenían a su servicio una mano de obra infantil sobreexplotada y paupérrima, como aquellos pequeños voceadores de cuyo estudio se encargan Florencia Gutiérrez y Fausta Gantús. Con el advenimiento de la corporativización posrevolucionaria de principios del siglo xx, los trabajadores del Estado percibieron esa misma falta de certeza en su posición laboral y buscaron organizarse para enfrentar los vaivenes políticos, como bien lo expone Mario Barbosa en su detallado estudio. La creciente burocracia se encontró además con un asunto de género con el que tuvo que contar el autoritarismo posrevolucionario, no sólo a la hora de distribuir sus cuotas de representación política, sino también sus propios instrumentos de coacción, como es el caso de las mujeres policías que estudia Rodrigo Meneses, entre las cuales destaca una dama extraordinaria homónima de Sara García, una de las clásicas abuelitas del cine mexicano. Y para no desaprovechar lo que la propia ciudad de México le ha aportado a la industria cinematográfica nacional, el excelente estudio de Susana Sosenski sobre las representaciones fílmicas de la infancia trabajadora en la urbe a mediados del siglo xx recupera otro estereotipo cinematográfico muy sensiblero y nacional, personaje imprescindible de la gran ciudad:

el niño pobre, el peladito, el “olvidado” cuyo enorme drama, como bien reconoció Luis Buñuel, es la propia miseria. En medio de la incertidumbre y la pobreza muchos de estos niños se convirtieron en billeteros que, como también lo demuestra el capítulo de Dolores Lorenzo, dedicado al régimen laboral impuesto a los trabajadores de la Lotería Nacional de la Beneficencia Pública entre 1920 y 1935, fueron el sustento de enormes fortunas posrevolucionarias a las que poco les importaban la explotación y las crisis. Y finalmente estas últimas sí que afectaron a ciertos sectores de trabajadores migrantes establecidos en la misma ciudad. A los españoles estudiados por Alicia Gil la crisis del 29 les resultó avasalladora en parte por las propias precariedades de la transterritorialidad, aunadas a la xenofobia imperante que terminaron por repatriar tan solo a 6 % de los inmigrantes residentes en la capital mexicana. Si bien el poco menos de un millar de repatriados fue una cifra importante, lo más indicativo de aquel momento fue, según la autora de este capítulo, el papel tan relevante que la red social estructurada por los mismos migrantes jugó a la hora de paliar los efectos de la crisis.

Y hablando de redes, permítaseme por favor un último comentario en torno de este magnífico libro coordinado por Carlos Illades y Mario Barbosa. Un aspecto que resulta plausible, aunque no demasiado evidente, en este conjunto de trabajos es cómo cada uno logra relacionarse con los otros siete de manera amable y natural. En los textos de Ernesto y Rodrigo se logran vislumbrar atisbos del trabajo de Mario, de la misma manera como en el de Florencia y Fausta aparecen Susana y Dolores. Vanesa abreva en los trabajos de Carlos Illades y Alicia debe mucho de su reflexión nada menos que a quien ha hecho posible esta misma urdimbre y que es su maestra Clara E. Lida. No es por lo tanto sorprendente que a ella esté dedicado este libro y el homenaje que le hacen queda plasmado en el espíritu mismo y el rigor de cada uno de los ocho capítulos que lo componen, junto con su introducción, al mostrar cómo sus autores forman parte de una extraordinaria red que hoy en día

alcanza a tocar el quehacer historiográfico de varias generaciones de historiadores activos. En efecto, a Clara E. Lida le corresponde la autoría de haber construido esta red y es un acto de amorosa justicia reconocérselo, homenajearlo y festejarlo con un conjunto de trabajos como los que componen este libro. Es sin duda una contribución al estudio de la ciudad de México, pero también un testimonio vivo de la importancia de las enseñanzas y la labor académica de nuestra muy querida maestra Clara E. Lida.

Ricardo Pérez Montfort

*Centro de Investigaciones y Estudios Superiores
en Antropología Social*

LUIS ABOITES AGUILAR, *El norte entre algodones. Población, trabajo agrícola y optimismo en México, 1930-1970*, México, El Colegio de México, 2013, 461 pp. ISBN 978-607-462-496-0

Esta obra tiene como eje analítico nodal la expansión, auge y decadencia del cultivo algodonero, en un periodo de relativa corta duración (de 1930 a 1970) pero de largo alcance en sus impactos. Fue un periodo en el que los distritos agrícolas norteros dominaron la producción nacional de fibra, insertándose, a la vez, en la dinámica e intereses globales del mercado industrial de la fibra. Se identifican y describen las coyunturas históricas clave y las tendencias generales tanto del cultivo como de los mercados de la fibra, al mismo tiempo que se atienden los matices y divergencias regionales de las comunidades algodoneras –agrícolas y urbanas– de las entidades fronterizas del norte, más Sinaloa y Durango. Es, por su naturaleza objetual, una historia regional, nacional y global.

El autor, no obstante, centra su exposición en el estudio de los principales actores involucrados, como sus intereses en conflicto